

MAMEN SÁNCHEZ

Juego
de damas



«We left Milan ten days back, and have since lived in a state of enchantment, and I really believe in fairy land».

(«Hace diez días que partimos de Milán, y desde entonces hemos vivido en un estado de encantamiento tal que realmente estoy dispuesta a creer en un mundo de hadas y duendes»).

LADY MORGAN'S MEMOIRS, 1819

I

El día en que Francesca Ventura cumplió dieciocho años su padre le dijo al oído: «Ten cuidado, princesa, ya eres libre», y ella, recién estrenadas las alas, no comprendió que la libertad contra la que le prevenía aquel hombre de pasado turbio no era la de estar por fin legitimada para hacer aquello que le viniera en gana, sino la de acarrear para siempre las consecuencias de su santa voluntad sobre los hombros.

Así pues, equivocada en lo absoluto, Francesca se consagró en cuerpo y alma al oficio de cometer errores, lo cual no es ni más ni menos que lo propio de la edad, si bien los suyos, por tremendos, determinarían el desarrollo de los acontecimientos posteriores de su existencia hasta convertirla en la mujer solitaria que llegaría a ser.

Cuántas veces recordaría, muchos años después, aquella advertencia del padre con el silencio como único testigo de su lucha interna: lanzarse o no lanzarse al vacío desde la azotea de su lujoso ático de Madrid, el amor casi olvidado a fuerza de pasarse los días tratando de conservarlo en formol; la vida, una montaña rusa.

—No te confundas, Franchie —se repetía cruel, asomada a la terraza que daba al parque—, el amor no da la felicidad.

—Y la amargura tampoco, ni el abandono, ni el desamparo —respondía su hermana Claudia, aún más despiadada.

En aquel piso grande y vacío, la voz de Claudia había perdido la sonoridad de antes y sus facciones, tan bien dibujadas entonces, se estaban desvaneciendo poco a poco de su cabecita loca. Unos días la recordaba rubia y alegre, otros sombría como la luz amenazante de las tormentas y a veces el tono de su piel pasaba del dorado deslumbrante al azul plomizo del agua, o se confundía con el verde de los castaños que poblaban las orillas del lago, o se sumergía en él lentamente, lentamente, lentamente.

Fue en ese mismo lago, y precisamente ese día, el de su mayoría de edad, cuando tomó forma la idea que llevaba tiempo rondándole la cabeza.

Terminado el almuerzo —los nísperos maduros, sus favoritos, la sandía helada, el trago dulce del *limoncello*, el café bebido a sorbos indolentes bajo el emparrado en el pequeño jardín frente a la casa, con el escenario asombroso de las montañas y unas nubes muy negras acercándose amenazantes desde Suiza—, Francesca arrastró a Claudia hasta el embarcadero mientras los otros dormitaban a la sombra y la colocó en la proa de su barca, como si fuera un mascarón bellissimo, porque quería contarle un secreto. Remó hasta el centro del lago, donde nadie podía oír lo que tenía que decir y habló en susurros, asustada hasta del color de sus pensamientos.

—Claudia —dijo en el mismo tono de voz con el que de niñas la despertaba por las mañanas para no espantar sus sueños de hadas y príncipes—: Voy a matar a Margherita.

—Sí —asintió su hermana con la misma naturalidad con la que hubiera reaccionado de haber sido suya la idea. Serena como el agua, sin aparentar extrañeza ni emoción alguna, sin despeinarse siquiera, sin aumentar el ritmo de su respiración pausada. Era impasible Claudia y eso a veces sacaba de quicio a Francesca, por el contraste con su

desazón permanente y sus nervios destrozados. Una tan dueña y otra tan esclava de sus propios actos—. ¿Has pensado cómo?

—Todavía no —confesó Francesca después de un largo silencio—. Pero el caso es que la voy a matar. Este verano. Con estas manos.

Se miró las manos largas, las uñas cortas, los nudillos prominentes y el cruce de las venas azules bajo la piel transparente de las muñecas, las líneas del futuro bien marcadas en las palmas blancas. Temblaba.

—Probablemente ahogada —dijo al rato—. No sería la primera muerta que aparece flotando en la orilla, ¿verdad?

Claudia se encogió de hombros.

—No. Desde luego que no —se respondió a sí misma—. Habrá habido muchas. Los lagos tienen corrientes muy fuertes. Es muy peligroso nadar en un lago. —Francesca se inclinó hacia el agua y metió la mano hasta el codo. Salpicó a su hermana—. Pero que voy a matarla, eso seguro.

Sonó un trueno al otro lado de las montañas. A las siete, como cada tarde, se desencadenaría una tormenta fabulosa. Con rayos y truenos y un viento rabioso que agitaría las ramas de los castaños de lado a lado, organizando un estrépito de hojas y troncos y corteza troceada arremolinándose en el agua turbia. Hasta olas habría, hasta delfines; criaturas marinas transportadas por las nubes, medusas y ostras que caerían al lago en una lluvia increíble de la que nadie se extrañaría ni recordaría luego siquiera. Sólo Francesca y Claudia, desde la ventana de su habitación, anotarían los prodigios del atardecer: una ballena, tres mil gaviotas, más de cien galápagos extraviados, un barco atunero navegando sin rumbo, como aturdido por el ruido de los truenos.

—Tal vez debería investigar cuántas mujeres han muerto ahogadas en este lago en los últimos... ¿doscientos años?

—¿Para qué?

—Para entender cómo funciona esto —señaló con la cabeza la inmensidad del lago—. Procuraré que parezca un accidente. No quiero que acabemos en la cárcel, Claudia.

Su hermanaladeó la cabeza. Tenía una expresión inocente, de muñeca de trapo: los ojos redondos muy abiertos y las pestañas tiesas como alambres.

—Ni siquiera debería habértelo contado. Te estoy poniendo en peligro.

—Yo también quiero que se muera —confesó Claudia con esa seguridad rotunda con la que hacía todas las cosas.

Francesca sonrió. De un tiempo a esta parte estaban de acuerdo en todo. Dos hermanas que hubieran podido ser una sola. Hasta parecían hablar con la misma voz y decir las mismas cosas. Antes no era así. Pero algunas de sus diferencias dejaron de tener importancia cuando se les terminó la infancia.

La familia Ventura vivía en uno de los barrios más elegantes de Milán, la ciudad gris. Cerca del Duomo, del sonido de sus campanas y del colegio de monjas, de los de uniforme y disciplina burlada, a cuyo patio los chicos sólo tenían acceso a través de un agujero en la pared. Las alumnas tomaban el sol, para espanto de las religiosas, con el primer botón de la camisa blanca desabrochado hasta la indecencia.

—Aquí no nos ve nadie, madre —protestaban cuando les llamaban la atención, plenamente conscientes del revuelo que se formaba al otro lado de la tapia: el enjambre de muchachos alborotados que hacían turnos para asomarse al jardín del edén y que las esperaban después de clase, a la puerta del colegio, todavía con la visión del trozo de piel prohibido en el negro de los ojos.

En el otoño de 1977, quince años espléndidos, Francesca estaba viviendo un amor inconveniente con un chaval que fumaba y montaba en moto; dos elementos fundamentales para triunfar en el peliagudo mundo de los cortejos de entonces. La llevaba a casa en volandas, esquivando coches y sorteando los peligros de aquella ciudad disparatada, y la dejaba al otro lado de la calle, no fueran a descubrirles sus padres besándose contra la pared.

A veces daban una vuelta rápida por los callejones sombríos que rodeaban el centro, donde aún flotaba el aroma de las salsas y los hornos de las *trattorie*, o por los parques recién florecidos. Aparcaban la moto y se tumbaban sobre la hierba, se abrazaban y rodaban, las piernas enredadas, el uniforme arrugado, el pelo sobre la cara. Francesca se hizo ilusiones. Pensó que en esta vida, al contrario de lo que siempre había creído, aún era posible ser feliz.

Hasta que una tarde, caminando de la mano por una acera vacía, vieron salir de un hotel a una pareja tan clandestina como su propia sombra. Infieles. Adúlteros. Con canas él en las sienes y un vestido demasiado juvenil ella para sus treinta y tantos años incómodos.

—Y tú, ¿desde cuándo quieres matarla? —preguntó Francesca a Claudia la tarde de su mayoría de edad, balanceándose ambas de acuerdo en todo en la barca de remos.

—Desde el día en que la conocí —respondió con sus ojos de muñeca de trapo abiertos de par en par.

—Entonces, hagámoslo —dijo Francesca, animada por la seguridad de su hermana—. Ahoguémosla en este lago, que para eso lo ha creado Dios. Para Margherita, para que muera y papá se libre de sus brujerías.

Dijo: «¿Papá?» y el hombre de las canas en las sienes dio un respingo. La mujer del vestido estrecho se colocó el pelo detrás de las orejas y tragó saliva.

¡Cuánto había llegado a odiar Francesca este gesto de Margherita, su pelo y sus orejas, y su saliva, y su respiración! La odiaba en absoluto, como se odia al diablo, a la oscuridad, a los bichos, a las pesadillas. Lo único que le agradecía, en lo más profundo, era haber recuperado gracias a ese sentimiento de odio compartido la antigua unión con su hermana, su asimilación a ella; uña y carne, cara y cruz, cuerpo y alma.

—De acuerdo —dijo Claudia—. Este verano.

Y remaron de vuelta a casa con el viento en contra, y las tormentas, y las primeras gotas cayendo en la cumbre de las montañas del norte.

En el embarcadero las esperaba su padre, preocupado siempre, y Margherita, ajena a la conspiración de las niñas, con sus gafas de sol, su pamelita, su Martini blanco, sus piernas largas y su melena negra.

Francesca pasó por su lado aguantando la respiración. No soportaba el perfume pegajoso que emanaba de su cuerpo. Cuando no tomaba la precaución de bloquear el olfato, aquel olor la invadía por dentro; trepaba por ella. La obligaba a lavarse las fosas nasales con un algodón mojado, los dientes con un brebaje de mentol. Era capaz de masticar el olor a Margherita durante horas.

—¿Dónde vas tan deprisa, Franchie? —la interrogó su padre, aunque hacía tiempo que había perdido la esperanza de que su hija le respondiera.

Francesca llevaba tres años sin dirigirle la palabra. Le había retirado el saludo, la conversación, la mirada, el respeto. Del espanto primero había pasado a la decepción; de la decepción al desprecio, de éste a la indiferencia y de la indiferencia al silencio.

Había tomado partido por su madre de una manera radical: con un fanatismo tan ciego que había convertido a la dulce y etérea pianista de las pestañas infinitas en la imagen venerable de una dolorosa. La pobre Paola, abandonada, traicionada y humillada, se había refugiado en el palacete que poseían los abuelos Pompeyo y Chiara Cosentino en Florencia, en lo alto de una colina desde la que se contemplaba la ciudad preciosa de los puentes y las casas colgantes, sola con su pena, con sus melodías y sus partituras a medio terminar.

Ignorando la voz del padre, Francesca entró en la casa por la puerta principal y subió por la escalera de madera hasta su dormitorio, en el segundo piso, pared con pared con el de la bruja. Era una estancia amplia, con un balcón sobre el lago y una ventana por la que entraba el viento que precedía a las tormentas. Su cama tenía un dosel de terciopelo azul con borlones dorados, a juego con las cortinas y con la tapicería del coqueto sofá del fondo. También había un escritorio, un espejo de pie enmarcado en oro, un jarrón con flores frescas, una cómoda antigua y una jofaina de porcelana como las que se usaban en las alcobas decimonónicas y que, a pesar de su falta de utilidad presente, Margherita conservaba en calidad de elemento decorativo imprescindible.

Todo rezumaba olor y sabor a ella: los muebles, las sábanas, las cortinas, las paredes...

Francesca detestaba la casa con la misma intensidad con la que odiaba a su dueña. Casa y bruja eran la misma tragedia: las dos bellas y elegantes, con el olfato para lo exquisito que sólo se adquiere tras varias generaciones de ricos de solemnidad.

Villa Margherita se levantaba soberbia en la orilla derecha del lago de Como, entre Moltrasio y Laglio. Estaba ro-

deada por un jardín muy verde en el que crecían los avellanos y las higueras sin más ayuda que la de la naturaleza misma con sus mañanas de sol y sus tardes de lluvia y esa humedad tan fértil, procedente del lago, que parecía un incendio y no era otra cosa que bruma suspendida en el aire de la madrugada. En la parte de atrás había también castaños y cipreses fronterizos con el bosque de acacias y pinos inmensos que subían escalando por la falda de la montaña.

El edificio era de piedra, de tres alturas, con ventanas que se abrían al verde de las aguas; balcones de hierro, persianas de madera y muros envueltos en hiedra. El interior era luminoso. Los techos estaban decorados con frescos, al igual que algunas paredes; las alfombras eran de colores vivos, las lámparas de cristales preciosos. Las esculturas de mármol blanco representaban ángeles, dioses o amantes voraces y los relojes contaban perezosos el tiempo, porque no existía la prisa. Lo poco que ocurría en Villa Margherita sucedía calladamente, como si siempre fuera la hora de la siesta.

Se servía té frío a media tarde, antes de la tormenta, en el cenador de madera blanca desde el que se contemplaba el ir y venir de las motoras, los pequeños transbordadores cargados de viajeros y las embarcaciones de vela que rebaban las aguas tranquilas como el cuchillo la mantequilla. Se escuchaba música mientras caía la lluvia, se cenaba a la luz de las velas, se paseaba mucho, se leía en silencio, se tomaba el sol, se bebía limonada, se llegaba hasta el pueblo para saborear un helado artesano, se añoraba todo lo demás.

—Me aburro hasta el infinito —dijo Claudia en medio de un bostezo.

—Ven. No te quedes ahí tirada en la cama como una muerta. Asómate.

Francesca estaba apoyada en la baranda del balcón con la melena caoba al viento. Las nubes pesaban tanto que

tenía la sensación de que le aplastarían la cabeza de un momento a otro. Se apartó para hacerle sitio a Claudia en el pequeño saliente.

—Mírala. ¿No crees que tiene pinta de bruja?

Margherita se había puesto en pie y abrazaba a su padre, de frente al lago. Llevaba un vestido de seda que jugueteaba con el aire describiendo formas caprichosas; ahora un ave del paraíso, ahora un velo misterioso, ahora la curiosidad de unos visillos abiertos.

—Vamos a matarla, ¿verdad?

—Claro que sí, Franchie. La vamos a matar tú y yo. Con estas manos. Este verano. En este lago. Esa muerte no la podemos evitar. Es como si ya hubiera sucedido.



II

Los engranajes del crimen se pusieron en funcionamiento en cuanto Francesca hubo comprobado que Claudia apoyaba el proyecto.

Lo primero, pensó, era documentarse. Un asesinato bien planeado tenía muchas más probabilidades de éxito. No bastaba con invitar a Margherita a navegar en la barquita de madera hasta Nesso, en la orilla opuesta del lago, empujarla al agua y golpearla con el remo en la cabeza. No bastaba. Tampoco con envenenarla de a poquito con algún medicamento que pudiera disolverse en el café. Ni con tirarla desde el balcón. Ni con atraparla en su propia jaula, Villa Margherita, amordazarla y colgarla de una viga, con una soga al cuello, para simular un suicidio. ¿Por qué razón absurda desearía la muerte un ser tan irritablemente feliz como Margherita?

Una ladrona de felicidades. Eso es lo que era. Se había quedado con la alegría de todas: con la de su madre, con la de su hermana y con la suya propia. Las había despojado de la risa, la paz y hasta de los buenos recuerdos. Los había sustituido por otros sentimientos menos reconfortantes y más intensos: el miedo, la soledad y el regusto amargo del odio cocinándose a fuego muy lento, como la salsa de tomate casera, cuatro horas en el perol, borboteando, chisporroteando y salpicando las paredes de la cocina, mientras ella, la bruja, daba vueltas y más vueltas a la ponzoña con la cuchara de palo.

Nadie se creería el cuento de un suicidio. No después de oírla cantar desde el balcón o de contemplar su arrebatado cuando vestida de blanco había representado con tanto acierto el papel de novia virginal. No después de saborear la risa de sus labios, que hasta lágrimas arrastraba de lo caudalosa que era.

Había que buscar el modo de proporcionar al mundo una explicación verosímil para una muerte inevitable.

—Mañana, antes de que te despiertes, iré a Como. Si te pregunta papá por mí, le dices que salí a dar un paseo en bici y que regresaré a la hora de comer. Pero en realidad voy a ir a la Biblioteca Vecchia para consultar algunos libros sobre la historia del lago. Le pedí consejo a Fabrizio, el de la librería Cattaneo, y me hizo una lista. Aquí la tengo, mira. ¿No te recuerda a las instrucciones de nuestros juguetes, Claudia? ¿A la receta del médico? Ahora sólo tenemos que ir montando poquito a poco las piezas hasta que encajen. Al final, lo razonable será su muerte y lo absurdo su existencia. Dirán: «Falleció de muerte natural, como no podía ser de otro modo», o «fue un accidente terrible, pero afortunado. La pobre Margherita no sufrió lo más mínimo». Y nos consolarán a las dos. También a papá: una palmadita en la espalda, un apretón de manos, una oración, un entierro... los pasos habituales. Luego vendrá la paz, Claudia. Ya verás como todo vuelve a ser como antes.

—Ya que vas a Como, tráeme nísperos, Franchie. —Claudia había regresado a la cama y ojeaba distraída una revista—. Pero de los maduros. Ya sabes, de esos que empiezan a ponerse blandos. Que se pelan con la mano, sin necesidad de cuchillo, y que están muy dulces. Nunca me ha gustado el sabor ácido de la fruta verde.

—A mí tampoco.

A la mañana siguiente, temprano, antes de que los habitantes de la casa bajaran a desayunar, Francesca se subió a su bicicleta, con la cesta de mimbre enganchada en el manillar, y recorrió pedaleando los quince kilómetros que separaban Moltrasio de Como. A las nueve las calles del centro ya se habían vuelto bulliciosas como un mercado árabe y el olor a pan recién hecho se extendía por las callejuelas que desembocaban en la catedral. Sonaban unas campanadas alegres cuando Francesca cruzó la plaza pedaleando y se deslizó por los adoquines de las aceras, esquivando mujeres cargadas de cestos y comerciantes arremangados que, al pasar ella, con su pabela estrepitosa y sus gafas de sol, le lanzaron requiebros como pétalos. Pero Francesca, concentrada como estaba en la investigación que daba comienzo esa misma mañana, pasó de largo distraída y allí quedaron las flores, marchitándose.

El mercado lo instalaban a la sombra de los soportales cada mañana y lo recogían a mediodía, antes de que el calor arruinara la frescura de las frutas y las verduras. Era tan sencillo como agacharse a recoger los nísperos caídos, amontonarlos en una caja y colocarlos encima de una tabla. En aquella tierra agradecida, la naturaleza era la que trabajaba incansablemente y los seres humanos, perezosos, eran meros depredadores o parásitos. Siglos atrás, en tiempos de guerra, el hambre se había aliviado con castañas maduras; el frío, combatido con la corteza de los pinos salvajes; la sed era desconocida gracias a las aguas del lago, la pesca abundante, el ganado alimentado con los pastos verdes que nadie cultivaba; los festines de nectarinas, higos, naranjas, limones, uvas y aceitunas negras, regalos del cielo, igual que el aceite y el vino, la sombra de los castaños y de las parras. El país de jauja.

—Un kilo de nísperos maduros, por favor.

—Mil liras, *signorina*.

Los deseos de Claudia hechos realidad.

Francesca acomodó la bolsa de papel en la cesta de la bicicleta y continuó pedaleando, ahora cuesta arriba.

La biblioteca quedaba en lo alto, allí donde el casco antiguo se encontraba con la novedad de una carretera asfaltada de doble carril y un puñado de edificios modernos. Era más clásica que práctica, con una escalinata empinada y un par de columnas a ambos lados de la fachada.

La sala de lectura era espaciosa y tenía seis ventanales por los que entraba mucha luz. Parecía un mercado, los libros como la fruta: maduros y sabrosos.

—No está permitido introducir alimentos en la sala —advirtió la voz cansina de la bibliotecaria refiriéndose a la bolsa de papel.

—No voy a comer nada —protestó Francesca—. Son unos nísperos para mi hermana. Ni siquiera los sacaré de la bolsa.

—Las normas son las normas. Puede dejarlos en consignación.

—No. No me ha entendido. —Francesca notó que le palpitaba la nuca. Era molesta esa sensación. Solía venir acompañada de un hormigueo incómodo en las palmas de las manos y un temblor descontrolado en el resto del cuerpo—. Le he dicho que son para mi hermana.

—Me da igual para quién sean, señorita. No puede usted entrar con ningún tipo de alimento en la biblioteca. Así son las cosas.

—Muy bien —respondió Francesca—. Pues peor para usted.

Se giró sobre sus talones y empujó la puerta con rabia. El portazo sonó como una advertencia.

Salió a la fresca y se sentó en los escalones a esperar. Desde su observatorio vio pasar las horas como las nubes. Pesadas y lentas. Vio a los niños salir de sus casas, toalla en mano, calzados con sandalias de plástico y armados con todo lo necesario para pasar un día al sol: bicheros,

cubos, flotadores y cañas. Vio a las viejas camino de la catedral —ida y vuelta, subir y bajar la cuesta— al son de las campanas que regían su rutina: misa, mercado, almuerzo y siesta. Vio a los hombres regresar bebidos del juego de petanca, a los jóvenes besarse al amparo de los portales, a las extranjeras de pantalón corto y a las lugareñas de falda y delantal. Cada cual en su cuadradito del tablero de ajedrez; caballo, torre y reina.

Se figuró la mano de Dios moviendo ficha, olvidado de ella y de su soledad. A veces pensaba que era prescindible. Que si un día faltara de este mundo, nadie notaría su ausencia.

—Yo te echaría de menos —le decía entonces Claudia en un susurro muy tierno.

Y con eso bastaba para apartar de su mente la angustia de creerse inútil del todo.

Cuando el reloj de la catedral dio las tres en punto, la bibliotecaria salió de la madriguera. Se demoró unos minutos en cerrar la puerta, guardó la llave en el bolso y, al pasar junto a Francesca, le dedicó una mirada de curiosidad y un «buenas tardes» tan cortés como insulso antes de continuar su camino sin esperar respuesta.

Aún aguardó unos minutos más Francesca en la escalera. Acompañó los pasos de la mujer con la vista hasta que desapareció por una de las callejuelas. Entonces se levantó, se sacudió la falda arrugada, se atusó el pelo y calculó mentalmente el tiempo que le quedaba para que estallara la tormenta. No quería que le pillara la lluvia en el camino de vuelta con la bicicleta. Ni que se le mojara la pamelita nueva.



III

—«**A**yer, pasadas las tres de la tarde, alguien rompió la pedradas el cristal de una de las ventanas de la Biblioteca Vecchia, entró en la sala de lectura y la emprendió a golpes con los estantes. Lanzó los libros contra las paredes y garabateó con lo que parece ser una llave el pupitre de la bibliotecaria. Abrió el directorio y desperdigó todas las fichas por el suelo. Sobre el desastre machacó unos nísperos maduros». —Francesca leía el periódico en voz alta. Claudia, asomada al balcón, la escuchaba con una sonrisa en la cara—. ¿Lo ves? —le dijo agitando el diario como si fuera un abanico—. Compré los nísperos, pero no pude traértelos. ¿Me crees ahora?

Claudia se giró consciente de la autoridad que ejercía sobre su hermana.

—Te perdono —le concedió clemente—. Pero no vuelvas a desobedecerme, Franchie. Sabes cuánto me molesta que me lleven la contraria. Te esperé durante horas y horas. Pacientemente. Y regresaste sin mi encargo.

—Al menos conseguí el libro —se consoló Francesca—. Lo malo es que es bastante difícil. No sé si tú, que eres tan inculta, vas a ser capaz de entenderlo.

Se trataba de un pequeño tomo encuadernado en cuero rojo. Las páginas estaban hechas de un material tan fino que parecía papel de fumar y el título, grabado en mayúsculas doradas sobre la cubierta, era el elemento disuasorio

definitivo para los pocos valientes dispuestos a dejarse la vista en la letrilla diminuta y apretujada de sus más de seiscientas páginas sin ilustraciones: *Historia romántica de Lario, un estudio*.

—Relata la historia del lago y describe, no se lo digas a nadie, muchos episodios de muertes violentas. Ni te imaginas cuántos esqueletos hay en el fondo. Eso me ha hecho pensar que uno más ni se va a notar.

—Esqueleto más, esqueleto menos... —asintió Claudia.

Con las cabezas muy juntas, tumbadas ambas sobre la cama, fueron descifrando aquellas páginas ajadas por el tiempo y supieron que, en efecto, desde el siglo I antes de Cristo hasta la primera mitad del siglo XX, las muertes violentas, ya fuera por accidente, por catástrofe natural o por causa de la justicia humana, habían sido muy numerosas.

A través de la ventana abierta de su dormitorio vieron pasar los años caminando sobre las aguas. Primero cruzó Plinio el Joven, un muchacho de largos cabellos rizados, a lomos de una yegua castaña, vestido con una túnica blanca ceñida a la cintura y sandalias de cuero.

Al cabo de un rato irrumpió el inquisidor Caraffa, seguido de un numeroso grupo de congregantes del Santo Oficio escoltando a un reo de muerte. La ceremonia de ejecución resultó de una belleza sorprendente. Parecía una romería, aunque menos festiva y más solemne. Llevaron al condenado a remo hasta el centro del lago, donde lo ahogaron despacito, la cabeza bien sujeta por el verdugo, bajo el agua, hasta que sus pulmones se anegaron y la herejía se disolvió entre las algas del fondo. O se quedó allí enredada en los cabellos verdes de las aguane, las hadas de los estanques, para desesperación de los habitantes de las orillas, que luego tendrían que enfrentarse a ellas: a sus pies del revés y a sus maleficios.

Por último, cruzaron los novios Renzo Tramaglino y Lucia Mondella, perseguidos a escasos metros por el

malvado don Rodrigo, camino de su escondite secreto en Pescarenico, entre las redes puestas a secar y las casitas humildes de los pescadores. Venían abrazados, las vestiduras rasgadas, huyendo de la guerra como de la peste, burlando de milagro a la parca hambrienta, que ya les daba alcance, ya los reclamaba para su reino bajo el mar.

Cuando llegó la hora de comer y el olor de la salsa boloñesa trepó por la pared, Francesca y Claudia, derrotadas, constataron que para cada muerte había una fecha y una explicación. Ningún misterio.

—Nos hemos equivocado de método —dijo Francesca—. No sé cómo hemos podido ser tan tontas, Claudia. Si lo piensas bien, es imposible que encontremos en un libro lo que estamos buscando: un crimen cuyo autor jamás haya sido descubierto y cuya víctima no haya sido vengada. Puesto que nunca se ha demostrado que su desgracia fuera otra cosa diferente a la voluntad de Dios, el destino infalible o la pura mala suerte, a la fuerza ha de haber pasado desapercibido para la historia o la literatura. —Cerró el volumen con rabia y miró a su hermana sin verla—. Los libros no sirven para nada.

Claudia parpadeó, divertida. Empezó a reírse y sus carcajadas fueron como aleteos de cuervo que se confundieron con las campanadas de las dos de la tarde.

—¡Ay, Francesca, estás loca!

—¡Y tú podrida!

Se abrazaron riendo, se revolcaron sobre la cama deshecha, cayeron al suelo y continuaron rodando sobre el entarimado, derribaron la lámpara de pie, la bombilla se rompió en pedazos y se les clavaron los cristales en la piel desnuda de los hombros y los brazos.

—Estas cosas no se escriben: se saben —afirmó Claudia—. Son como las criaturas del *piccolo popolo*: la *fata Morgana*, el *besadonna*, las *ianaras* y los *folletti*. Viven en secreto, en la oscuridad del bosque, en los murmullos de la gente,

en el fuego de las chimeneas. A veces, con sólo mencionar su nombre en voz alta se las puede invocar, y por eso están malditas. No se habla de ellas; jamás aparecen en ningún libro. Pero llevan siglos paseándose por esta tierra, de boca en boca, como los pecados inconfesables o las almas en pena, eternamente errantes y condenadas. —Guardó silencio un instante. Silbó el viento—. Necesitamos un método científico, Franchie. Vayamos paso a paso.

—¿Y por dónde empezamos?

Claudia se puso en pie. Se acercó al balcón y cerró los visillos, que iniciaron un baile muy sensual con su cuerpo de niña mala. Y con su pelo negro, largo hasta la cintura, y con la sangre de sus brazos.

—Parece mentira que seas tan boba —dijo—. Lo primero es encontrar un muerto, ¿no crees? Sin cadáver no hay caso.

—Ni asesino.

—Pues vayamos de visita al cementerio de Laglio. Esta tarde. Vistámonos de negro de los pies a la cabeza. Recojamos flores, hagámonos pasar por plañideras, rebusquemos entre las tumbas a nuestra difunta. No hay mejor lugar para despertar fantasmas que el cementerio.